

LA NOVELA
CORTA

EL CORAZÓN

20
cts.

G-F 13851

Rojas
1922

A. HERNANDEZ CATÁ

DGCC
A
N.º 367
Año VII

LA NOVELA CORTA

DIRECTOR: JOSÉ DE URQUÍA

Madrid 16
Dic. 1922

ADMINISTRACIÓN: MADRID.—CALVO ASENSIO, 3.—APARTADO 8.008.—TELÉFONO J-324

ALMANAQUE FLIRT 1923

UNA PESETA

28 PAGINAS EN TRICOLOR.—**4** EN BICOLOR.—MULTITUD DE CARICATURAS E INTERESANTISIMOS ARTICULOS DE

PRIMERAS FIRMAS

FLIRT, la popularísima Revista galante, única en su género, por su caracter artístico y literario, publica **su primer número almanaque**, verdadera maravilla editorial, que por su confección primorosa y la categoría de sus colaboradores artísticos y literarios, se distinguirá muy señaladamente de todos los almanaques editados por Revistas similares.

APARECERA EL DIA 20 DE DICIEMBRE

+ 161803
c. 73021206

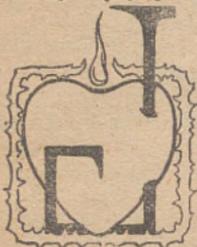
R. 195895

EL CORAZÓN

NOVELA

A. HERNÁNDEZ CATÀ

ILUSTRACIONES DE J. PONS



A Manuel Fernández Lasso de la Vega.

ULIAN regresó, como de costumbre, puntualmente: antes de que en el reloj de la Clínica sonaran las seis, se lavó las manos, se puso la inmaculada blusa de enfermero, recorrió las salas donde las respiraciones desiguales y las cárdenas ojeras realizaban el silencio y la blancura de higiene y soledad, y se sentó luego en el vestíbulo, en espera de que llegase la hora de su guardia.

Era hombre metódico, de cuerpo activo y alma sedentaria, de fealdad que los ojos disculpaban pronto. Sin saber su edad, pensábase al verle que había dejado ya detrás el "medio camino de la vida", pero era más joven, aun cuando hubiera renunciado a la gracia en su forma suprema: en la atracción física. Después de haber rodado por profesiones diferentes, defendía la tranquilidad actual, no dedicando al alcohol más que las seis horas quincenales de asueto, como se las dedicaría a una novia clandestina, inconfesable y adorada. Con la embriaguez, su existencia de autómatas adquiría un ritmo casi humano; el corpachón desgalichado erguía; por entre los labios brotaba la locuacidad, la diestra iba con frecuencia a levantar el bigote caído y en los ojos relampagueaban inesperadas luces. Entonces era otro hombre más brillante, menos vulgar; el hombre que debió ser tal vez, si las fuerzas de la vida, en vez de usarlo, hubiera intensificado sus rasgos físicos y espirituales.

El esfuerzo para disimular la borrachera dábale un aire torpe, solemne, casi cómico. Leonor, desde lejos, advirtió su estado y lo amenazó con jovial demán, mientras él bajaba los ojos fingiendo no verla.

—Es inútil que calle y que se ponga tan derecho. Ya sé que ha bebido.

—No; le aseguro que no.

—La punta de la nariz y el chispear de los ojos no me engañan.

—La aseguro que no... Y, además, sí; ¡no sé porqué no he de beber! ¿Es usted mi mujer, o mi novia, o algo mío para impedírmelo? Aquí cumplo mis obligaciones y en paz.

—Bueno, bueno... Hoy había posos de grosería en el fondo del vaso.

—Dispéñeme. Soy un bruto... Cuando salí le juro que no pensé beber;

pero luego, en la calle, me aburro... No tengo que ir a ver a nadie, me entra murria, todo me sobra y... El vino me hace pensar, o pensar cosas muy divertidas, señorita Leonor. Si el mundo fuera como yo le veo cuando estoy así, sería estupendo. A usted, en cambio, la veo lo mismo con vino que sin vino, y es que estoy un poco borracho de usted.

—¿Quiere callarse?

—Vaya por lo que no hablo a diario. Usted me ha dicho que cuando bebo me vuelvo más inteligente, que no sólo se enciende una lucecita dentro de la nariz, sino que me ilumino todo... Y, bien visto, yo no soy borracho: me gusta más haber bebido que beber. Si hubiese un licor que con una soia copita produjera este efecto, no bebería la segunda.

—Menos mal.

—No se burle. ¿Vino su ídolo?

—¿Mi ídolo?

—Quedamos en que lo único que no tiene usted de femenino es que disimula muy mal, así que... ¿vino su ídolo o no?

Leonor pestañeó muchas veces antes de contestar. En su rostro clareábase el titubeo de aventurarse en una contestación seria con Julián, cuya cara de atleta bondadoso tenía frente a su dubitativo silencio un gesto mitad tranquilo, mitad burlón. Leonor no era bonita, pero era peor aún: sus ojos poseían aterciopeladas profundidades y resarcían en la cara del resto de las demás facciones, imperfectas, sin duda, una a una, mas conjuntadas armoniosamente. Pelo castaño, pupilas, unas veces doradas y otras grises, cuerpo elástico de escasas turgencias, y manos menudas, rápidas, hechas a transformar en acción la energía latente en las sienas y en el corte rotundo de la boca, y, en torno de ella, a modo de atmósfera, un flúido que se adueñaba de la atención y de la simpatía sin necesidad de que ella realizase ningún esfuerzo, y que obligaba, a pesar de su humildad y de su delantal de enfermera, a suponerle un mérito recóndito o una capacidad más alta... Como Julián seguía mirándola, sin desistir, dejó sobre una mesita el frasco y una cuchara que llevaba, y, acercándose, le dijo:

—Si insiste, voy a rectificar mi opinión de que la bebida lo vuelve inteligente, y, además, voy a formarme otra peor: que le quita la bondad y le hace cruel.

—¿Cruel... y con usted?

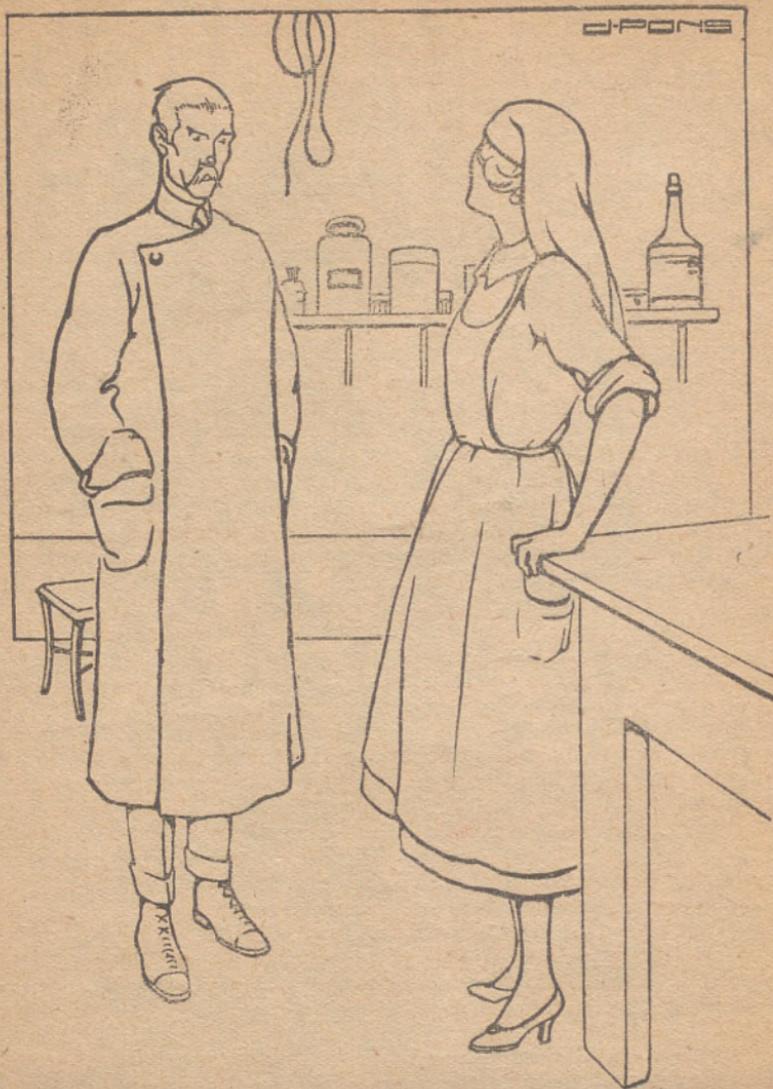
—Sí, puesto que dice palabras que me mortifican.

Julián se encogió de hombros y bajó los ojos, y por todo su corpachón Leonor pudo ver pasar un reflejo de la bondad taciturna que se lo hacía simpático. Con tierna brusquedad, después de un breve silencio, respondió:

—Bueno, bueno, no se me enfade... Ponga que no he dicho nada y se acabó.

Pero Leonor no podía ya contenerse; el fondo de su alma acababa de ser removido y necesitaba salir a los labios:

—No, ahora soy yo la que quiere hablarle... por última vez. Mi ídolo es el doctor, tiene usted razón... Lo quiero, lo venero, lo idolatro, como usted dice, y de no ser así, sería yo una mala mujer. Cuando vine a esta casa acababa de pasar el horror más grande: me había abandonado un hombre y llevaba dentro de mí un niño, que se me murió antes de nacer, como para decirme que nada bueno debía ya vivir en mí ni para mí. El doctor me ope-



ró, me arrancó de manos de la muerte y me enseñó después que hay, fuera de eso que llaman amor, algo en qué emplear dignamente la vida. Al arrancarme a pedazos la criatura puesta por la traición en mis entrañas, me arrancó cuanto quedaba de mi antiguo ser. Cuando sané, como no tenía a

nadie en el mundo y había aprendido a hacer el bien, quise quedarme aquí de criada... El me pagó los estudios de enfermera y va para cinco años que estoy a su lado... ¿Cómo no quererle? ¡Cada día más!... Pero no de ese único modo que usted supone. Además, ¿qué puedo ser yo para él? No por mi pobreza y por mi desgracia—él está por encima de todo eso—, sino porque... no. ¡El cariño es siempre porque sí o porque no! ¡Y el hombre que ha abierto a una mujer con el bisturí y le ha visto hasta el fondo del cuerpo, nunca puede tener ya ilusión por ella! Yo para él soy la enfermera de confianza y nada más... ¡nada más!

Había hablado de prisa, y, al decir la última frase, su voz desgarró antes de formarse en los silos del alma y brotó mojada de amargura. Entre las pestañas, dos gotitas de agua de dolor iba pulverizando y por la hondura aterciopelada de los ojos vagaban esas nubes densas hechas de las lágrimas que no se lloran.

Un pañuelo oprimió dos veces la nariz amoratada del enfermo y luego se llegó, furtivo, a secar los ojos. La paz de la tarde envolvía la Clínica, y el silencio tenía algo de adolorido, de convaleciente. De uno a otro de ambos intermediarios entre la Ciencia y el Dolor, una onda cordial iba y venía: no sólo eran compañeros de trabajo, sino de fallidas esperanzas, de desamparo, de desorientada soledad. Y en aquel momento se contemplaban con ternura y sorpresa, como dos hermanos que hubieran vivido mucho tiempo juntos sin sospechar que corría por sus venas la misma sangre.

Después de las palabras dichas, uno y otro necesitaban quitar a la pregunta y a la espaciosa respuesta cuanto pudiera tener por maligno. Julián, con la voz opaca con que creía disimular su dulzura, dijo:

—¿Me perdona usted?

Y ella, embozándose en un risa triste, repuso:

—Si me promete no beber nunca más, perdonado.

—Prometo, sí... pero el caso es...

Un instante Leonor pensó que la emoción iba a apartarse de ellos por el cauce humorístico por donde había querido derivarla, pero el gesto de Julián y el modo de arrastrar entre los labios los puntos suspensivos hizo comprender que algo quedaba aún a la confidencia. Por tres veces el enfermero empezó la frase, truncándola en el mismo sitio. ¡Dijérase que, a despecho de su afectada rigidez, las palabras hacían eses sin encontrar el camino recto! Una vez más allá intentó bromear.

—¿Cual es el caso, vamos a ver? No se atragante.

—No sé si sabe usted ya la noticia....

—¿Qué noticia?

—Si lo que me acaba de decir es cierto, el mal no será mucho... Se refiere a su ídolo... digo al doctor.

—¿Qué es?... ¿Le pasa algo?... ¿Está enfermo?... ¡Ya debía estar aquí!... ¡Hable!... ¡Dígame!...

El alma desnuda se le mostraba en el mirar y el ansia escapábasele en preguntas y entrecortadas frases. Bajo la nariz rojiza y el bigote caído, erró una sonrisa melancólica.

—¿Ve usted como antes me mintió? Puede asegurar una y mil veces que no le quiere; también diré yo diez millones de veces que no la quiere a usted... Hay que saber negar, ¡qué caramba!... Mientras se niega no está

todo perdido. Sólo lo quiere como dios, pero sufre de sus acciones de hombre... Y ya que mi indiscreción no tiene remedio, le diré sin rodeos la noticia: el doctor se casa.

—¿Que se casa?... ¿El?

—¡Qué pálida se ha puesto!... Después de todo, puede que sea mentira... ¡Ojalá!... Me lo dijeron en el café... Nosotros nos figuramos cuando le vemos aquí, que esta es toda su vida; y luego se va y trata a otras gentes, que no son enfermos ni enfermeros, y resulta que su verdadera vida es aquella... ¡Ya le vuelve a usted un poco el color!... Parece que la novia es una muchacha muy guapa, de buena familia, y sin un céntimo. Me pesa el haberse-lo dicho; pero alguien se lo había de decir, ¿no le parece?

—Claro, claro... Además, ¿por qué me habla así? ¿Qué puede importarme que se case? No mentí antes: Mario, digo el doctor, es para mí un dios y lo será siempre; y a los dioses se les mira desde lejos, sin pretender lo imposible, lo que sería sacrílego. Usted con su vino me ha emborrachado un poco, obligándome a decir disparates... Hágame el favor de olvidarlos... Sólo siento que él mismo no me haya dicho que se casa, aunque, ¿por qué me lo había de decir? Yo soy su enfermera de confianza y nada más. ¡Que sea dichoso! Nadie como él merece serlo... ¿Dice usted que es una mujer pobre?... ¿Pobre, igual que yo?... ¡Ea, ya es hora de su guardia, Julián!... Vamos a nuestras obligaciones... Y no se preocupe de haberme dado la noticia.

—Sí, ya es la hora; vamos... ¿Me perdona?

—¿Quiere callarse? Venga la mano de amigo y al trabajo.

—¡Con toda el alma!

Y las dos manos que tantas veces habían calmado juntas ajenos sufrimientos, cumplieron también al estrecharse su noble destino balsámico: porque algo del mutuo dolor perdió entre ellas el acibar de la soledad

II

Mientras aguardaba la llamada telefónica, el doctor Mario Enriquez suponía consumir el tiempo en leer un trabajo de Alexis Carrel, publicado en la Revista Médica del "Instituto Rockefeller"; pero, en verdad, ni su vista ni su espíritu estaban cautivos del estudio: el mirar alzabase de vez en cuando para posarse en un retrato femenino que le sonreía desde un marco de plata, y el pensamiento aventurero y anheloso de lejanas coordinaciones iba de la sonrisa de la mujer al buceo en busca de detalles e indicios para la

imagen fotográfica con la comprensión del alma retráctil, tan pronto clara y fácil como invisible y vejada entre las brumas de oscuras intenciones.

Tras infructuosas tentativas dejó de pensar en su novia y se puso a meditar acerca de sí mismo; y en un desdoblamiento que eximia sus juicios de inmodestia le llevó a considerarse con ternura, con admiración casi. En rápidas síntesis rememoró su infancia de huérfano, su adolescencia robada a la dispersión del primer ímpetu vital por la voluntad de "hacerse un hombre", sus estudios, su internado en el hospital, su revelación como cirujano de reflexivo criterio y ejecución certera, su triunfo, en fin, que permitirle llevar a término sin trabas materiales, el anhelo de dejar de ser médico para



trocarse en investigador. Esta meta constituyó, desde antes de la adolescencia, el ideal donde convergieron todos los minutos de su voluntad. No el lucro ni las victorias populares ni aun las envidias apartaron su vista de la aspiración larvada en la infancia y fortificada por los años. Su clínica, ya famosa, ofrecíasele diariamente como un reproche. Una ambición limpia de mancha utilitaria arrebató su vocación científica, no quería curar a uno, salvar a uno, constreñir sus capacidades de filántropo en la zona de las limitaciones materiales, sino fraguar en el laboratorio el descubrimiento o la invención que fueran de su cerebro a miles de manos para arrebatar infinitas presas al Dolor y a la Muerte. Hombre sobrio, de frenética labor para aprovechar el pulso y ese exceso de dinamismo juvenil, tan propicio en la cirugía, y luego el retiro aparente, la actividad solitaria, el goce puro de darse a la Ciencia sin pedirla nada en cambio... Y de pronto, cuando sólo le faltaban dos años para cumplir su propósito al pie de la letra, aquella



mujer que ahora le sonreía desde el retrato, se tropezó con él en una fiesta de caridad, y con la boca realzada levemente por el lápiz rojo, sopló sobre su vida cual si soplara sobre un alto castillo de naipes.

Alicia Bermúdez era una flor viva. Había crecido en la estufa de la gran

sociedad. Era difícil imaginársela en un paisaje de mar bravío o de intrincada selva; cuadraba a su belleza el fondo de un salón, el arco de una playa de moda o el jardín simétrico donde creen las gentes de vida artificial ponerse en contacto con la Naturaleza. Sus padres, arruinados desde hacía muchos años, según aseveración pública, seguían sosteniendo el rango exterior no merced a uno de esos milagros mucho menos raros y mucho más difíciles que los milagros bíblicos, y la mimaban como se mimó a la última esperanza de volver a entrar en la última riqueza,

Príncipes de los blasones o de la plutocracia, iban a diario hacia ella por movimiento lógico de la aspiración: Alicia era la novia natural del hombre noble o del hombre rico, mas por exceso de codicia, por veleidad o por sinceridad, rechazaba los partidos más ventajosos, y jamás ninguno pudo ufanarse de haber traspasado la puerta de la coquetería, abierta de par en par para todos igualmente, que no era difícil decidirse, al juzgarla, entre la inconsciencia y el cinismo.

Y no es que fuese demasiado joven para malbaratr en escaramuzas el tiempo: tenía ya cerca de veinticinco años. Era rubia, perfecta de formas, y emanaba de toda su figura un hálito sensual que en cualquier mujer morena habría sido violento hasta la grosería. Su boca, sus brazos, su cuello, su manera de andar, sugerían imágenes carnales de amor, mas el ángel se había reservado el cabello y los ojos: ojos de agua casta, cabellos de lino. Y el doctor Enríquez, inerte ante la asechanza de aquel contraste, pasó, sin advertencia, del círculo de la admiración al de la idolatría, y puso en su amor la vehemencia no gastada en los largos años en que su trabajo fué cauce único para el torrente de su juventud. Bastábale pensar en ella para inquietarse; sin verla, desde lejos, presentíala, por potente fenómeno de electricidad sexual; a veces tenía que dominarse para no alargar los brazos y la boca hacia ella como una fruta. Una palabra, un gesto, aceleraban la marcha de su sangre y comunicaban a sus manos la necesidad violenta de asir. El ritmo sereno de su vida desequilibrábase cerca de Alicia cual se desequilibran los nervios al acercarse una tormenta. Y cuando tras la saturación del hecho físico el enigma de su carácter le inquietó, y las primeras advertencias amistosas cayeron en su oído, ya era tarde.

—Sin duda es una mujer peligrosa—le dijo el doctor Gil, médico mundano, que cultivaba con paciente finura la brusquedad para atraerse cierta clientela de espíritus débiles—; pero prodigiosa para mujer de otro: necesita mucho dinero, corte de adoradores, y quién sabe si más aún. Usted es para ella el género *inédito*; y por eso le pone buena cara. Falta un sabio joven en su colección. Cuando piensa en usted, no piensa en Mario Enríquez, sino en el doctor Enríquez... Se trata de un duelo entre mujeres: la Ciencia y ella; y ella le quitará el novio a la Ciencia para darse luego el gusto de dejarlo plantado.... Mal negocio, mi querido amigo.

Y una anciana, amiga de la infancia, compañera de su madre, por conducto de la cual había conocido a los Bermúdez, le dijo desde su sillón de paralítica, con esa perspicacia ágil que conservan algunos impedidos:

—Siento mucho habértela presentado... Dentro de muy poco, cuando vea a tu madre, me lo reprochará... Alicia hará a un hombre o demasiado dichoso o demasiado infeliz: es mujer de exceso. Y un sabio como tú necesita so-

siego para trabajar... Debes ponerte en cura, hijo... Un viaje... Huir... Incluso buscar un entretenimiento que no sean los libros.

Otros le insinuaron que los padres de ella inducíanla a aceptarlo, seguros de su gran porvenir económico. Algunos pretendían que la coqueta jugaba con él por simple malignidad, sin pensar en casarse, divertida en comprobar lo que un hombre puede saber de unas cosas e ignorar de otras. Le llovieron admoniciones, presagios, consejos, anónimos... ¡Ya era tarde! Con estupor, con sonrojo, se confesaba a sí mismo que sin Alicia su vida carecía de fin; y hasta su ciencia aparecíasele cual trabajo rutinario exento de compensaciones. "¿Cómo pudo vivir treinta años sin la esperanza de ella? Tal vez porque la presentía, porque la esperaba, porque su existencia anterior no era sino la prueba de épocas oscuras para merecerla." Los lugares comunes del romanticismo adquirirían en su alma valor de exclusivas verdades. Y se preguntaba: "¿Por qué esta confabulación contra un amor nacido con la luminosa y repentina fuerza con que estalla la chispa entre polos contrarios y próximos?"

El, tan sagaz en diagnosticar los males físicos, hallábase a oscuras frente a deformidades espirituales de las gentes sanas. Algo de envidia debía mover las almas contra Alicia... Envidia, despecho... Algo turbio con sabor de parcialidad. No sólo en los detractores, hasta en los aduladores, advertía un regusto para él indescifrable; dijérase que aun en la misma admiración que suscitaba Alicia se escondiese algo rencoroso, y que no sólo los hombres, sino las mujeres también, por vengar en ella algún inconfesado agravio. Si las palabras sinceras lo contrariaban, las cobardes reticencias lo exasperaban. ¿No podía darse el caso de que aquella mujer frívola hubiese hallado al hombre capaz de hacerle sentir la herida placentera del verdadero amor, del amor serio, en que los sentidos y el alma forman un nudo que sólo desata la muerte?... A él había venido Alicia naturalmente, sin artimañas de muñeca, sin gazmoñerías, sin hacerse desear ni esperar; con ese impulso inconfundible de quien, al darse, goza el placer de tomar a su vez lo que cree suyo.

Tres días después de conocerse, al modo de caminantes distraídos que se hallan de pronto en inesperado viaje, se encontraron en el amor. Ni uno sólo de sus proyectos le pareció erróneo; a ninguna de sus exigencias dejó de acomodarse. "Alicia Bermúdez ha sido operada por el doctor Enriquez de aquel acceso de *flirt* que padecía", murmurábase en las reuniones. Y él, al oír los comentarios, sentía un orgullo no sentido ni a raíz de sus mayores triunfos. A veces, en su candidez de hombre habituado a luchar contra ese linaje de verdades que exigen arduo trabajo antes de entregarse, pero que no conocen el juego cruel de esquivarse y ofrecerse alternativamente, a Mario le daban ganas de tomar a Alicia por las manos, de mirarle al fondo de los ojos muy cerca y de preguntarle: "¿Tienen razón los que pretenden que eres incapaz de quererme por mí, solo por mí?" Y sentía odio a la riqueza, a la nombradía, a la Medicina misma. Entonces iba ella a resolver la unión o la separación de sus vidas con una sola pregunta y una sola respuesta, y antes de que Alicia lo saludase, como si el efluvio de la carne fuese más persuasivo que todo pensamiento, que toda palabra, quedaba de súbito paralizado, convencido: se pasaba la mano por la frente para arrancarse los pos-

treros jirones de duda, y sólo quedaban en su ser ganas de abrazarla, de besarla, de acariciarla infinitamente de ser feliz...

En este punto de su divagación sonó un timbre: era el teléfono, el aviso de Alicia para que fuese a recogerla y visitar su Clínica juntos. Allí, ante el espectáculo, para él familiar, de uno de los aspectos menos mentiroso de la vida, el del dolor, pensaba exponerle su propósito de renunciar al lucro en cuanto se casara para dedicarse junto a ella, en fructífera quietud, a un trabajo nada propicio al renombre ni a las grandes ventajas sociales. En su clínica, frente a los enfermos, le sería menos fácil mentir, y a él también le sería menos fácil engañar... La voz femenina en el auditivo, vibraba lejana, algo metálica, impersonal casi, y sin embargo, lo erizaba cual si el alambre trajera no sólo el pensamiento de Alicia sino algo de su presencia galvanizadora. Al colgar el teléfono, quedóse un momento silencioso, complaciéndose en prolongar dentro de sí el eco de la voz. Antes de salir llamó a la Clínica y encareció a Leonor y a Julián el cumplir sus instrucciones para la visita. Ya en el coche, al acercarse a casa de Alicia, sintió la misma impresión de impaciencia y de misterio que lo acicataba siempre: era un miedo pueril y tremendo a la vez a no hallarla, a que alguien se la hubiese robado.

Cuando llegaron a la Clínica, por entrar Alicia en ella, a Mario le pareció nueva, y se fijó en detalles a diario inadvertidos. Recorrieron las cuatro salas cama a cama; los enfermos ofrecíanle sus pálidas sonrisas y hablaban del doctor como de un dios pródigo que les hubiese dado otra existencia. Alicia vestía un traje claro cubierto de gasa que amplificaba su silueta sin alterar la armonía de las líneas; y por entre las camas de amarillenta blancura pareció circular a su paso una ráfaga de primavera, cuyos celajes reflejábanse hasta en los ángulos de las estucadas paredes, donde algo de los gemidos de dolor parecía persistir aún y donde la fría soledad acechaba para invadir las salas en cuanto la primavera artificial hubiese pasado. La señora de compañía iba asustada; quizás sintiese un dolor interno y vislumbrase la posibilidad de tener que estar algún día allí. En la sala de operaciones el argénteo brillo de los aparatos les arrancó gestos medrosos:

—¡Qué horror!—exclamó Alicia—. Sólo la idea de suponerse tendida ahí, hace temblar.

—Yo preferiría morirme—susurró la señora.

Leonor, que iba con ellos, cerró los ojos, y Julián musitó algo en su oído. El doctor, ampliando la somera presentación hecha a la entrada, dijo:

—Pues esta señorita ha estado ahí.

—¿Usted?!

—Y no creí peder salvarla... ¡Buen trabajo me dió usted, Leonor!... Pero es persona que lo merece... Sí, sí, no ponga esa cara de modestia. Es más mi amiga que mi enfermera y quiero que lo sea tuya también. Cuando acabó sus estudios de enfermera yo la estimaba ya, pero no la conocía del todo... ¡Ah, cuántos héroes tienen menos valor que ella! Suponte que una tarde fué a casa, y cuando me figuraba groseramente que iba a hablarme de alguna chinchorrea de aquí, o, tal vez, a pedirme aumento de sueldo, va y me dice:

—¡Por Dios, doctor!...

—¡Usted cálese!... Hay que propalar las buenas obras, ya que circula tanto mal por el mundo. Pues va y me dice, que como había oído quejarme



de que los conejitos de indias no daban resultados concluyentes en mis experimentos sobre el suero del cáncer, que la utilizara a ella, que desde hacía tiempo se consideraba muerta ya, que para nada servía en el mundo... y que sería feliz con poder ser útil a tantas gentes y con que yo hiciera una gran obra. ¡Te aseguro que me dieron ganas de darle un bofetón... y de abrazarla!... Es toda una mujer.

—¡Ah!... La felicito.

Leonor estaba roja, deseosa de desaparecer. En el "ah" de Alicia, hubo tal vez algo de reticente. Antes de salir, mientras tomaban un refresco, el doctor ratificó a su novia el propósito de ceder la Clínica a otro compañero joven, en cuanto se casaran, y ella no se inmutó. En cambio, interrumpióle dos veces para pedirle pormenores acerca de la vida de la enfermera. Al salir, Leonor y Julián los acompañaron hasta el vestíbulo y los despidieron con una inclinación de cabeza. A pesar de su despreocupación, el doctor advirtió la rigidez de la despedida, y con gesto jovial, quiso evitarla:

—Ya te he dicho que no son mis empleados, sino mis amigos.

Alicia comprendió la indicación y les tendió entonces la mano. Y al dársela a Leonor, el contacto entre ambas fué leve, sin que entre la diestra habituada a la holganza y la diestra que mitigaba el sufrimiento, los espíritus hubieran anudado ningún lazo.

III

La niña entró en la Clínica por la mañana y, cuando poco después, llegó el doctor, conocíanse ya las circunstancias excepcionales que iban a dejarla sola en el mundo, si no quedaba muerta al trepanar el escoplo los tiernos huesos de su cráneo. En torno de la cama el cuerpo rebullía con débiles convulsiones, estrechábase en un círculo de piedad, y los mismos enfermos, cesando un punto en el egoísmo del propio dolor, dejaban de quejarse y se interesaban por ella. No tendría más de cinco años; pero en su rostro difundíase esa sombra de vejez que las grandes catástrofes ponen hasta en los niños. Julián, más silencioso y desgarrado a medida que se apartaba de su última excursión alcohólica, curvaba su corpacho sobre la gemebunda palidez de la huerfanita, hablándole con frases a la vez toscas y mimosas, con trabajo, temeroso de no encontrar en su rudeza interior la palabra, el ademán propios para aquella florecilla sobre la cual acababa el vendaval de desencadenarse; y como quien aprende una lección profunda, escuchaba a Leonor, que sin esfuerzo alguno hallaba en sus entrañas palabras maternas para distraerla de su desventura.

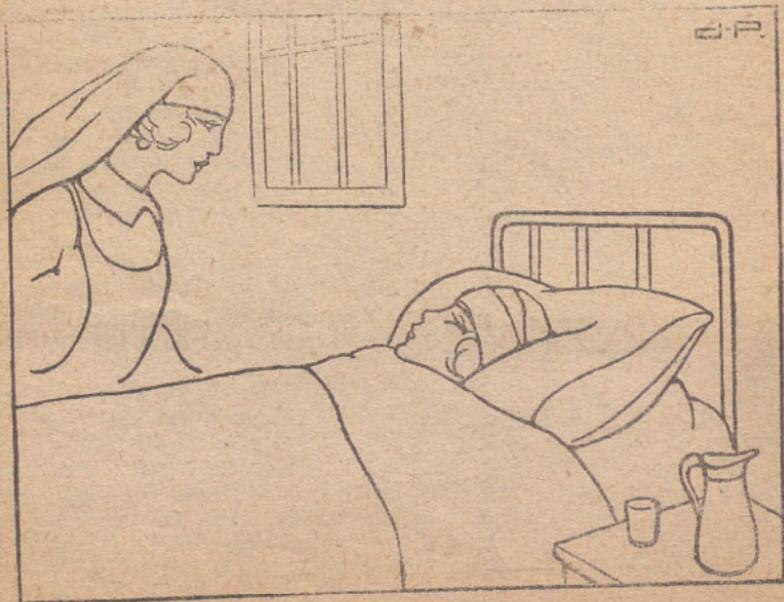
Poco a poco los informes se sumaban, se complementaban. Venía la huerfana de una explotación minera aislada en las fragosidades de un monte; mísero caserío de madera que jamás llegaría ni a pueblo: sesenta cajas de gasolina habían estallado fortuitamente y más de cien personas perecieron. Pero a la tragedia, añadíase algo insólito: uno de esos augures que al llegar a la vejez no se resignan a irse solos del mundo y anuncian el fin de la tierra sirviéndose de indicios astronómicos, geológicos o religiosos, vaticinó para la

misma hora en que sobrevino la explosión la entrada en la órbita terráquea de un inmenso aerolito que nos despedazaría o nos calcinaría. La noticia rodó por los periódicos, disolvióse en el humorismo y la incredulidad de las grandes urbes, y sólo conservó su carácter funesto de amenaza en aquel rincón donde unos cuantos miserables aislados de todas las ventajas de la sociedad y la cultura, conservaban el sedimento supersticioso vivo siempre en las almas, acrecido por la anemia y el oscurantismo. Al llegar la fecha apocalíptica, quedáronse a esperar aquella noche el fin del mundo con jácaras y vino para mejor ocultar el miedo, y cuando, de súbito, enrarecióse el aire, saltaron los barracones de madera, y los miembros humanos dispersáronse entre sangre y llamas a modo de metralla de un proyectil vivo, el último instante de conciencia de cada víctima fué sin duda para pensar que en todos los ámbitos del planeta la vida dejaba de existir.

La niña fué hallada muy lejos, con fractura del cráneo y magullamiento general, única superviviente de los moradores de aquellas casuchas de tablas en cuya sordidez iban a fraguarse tesoros. Esta circunstancia, conocida porque la niña al abrir sus ojitos preguntaba si estaba ya en el cielo, tendió un velo novelesco sobre la aspereza del drama.

—¿Pero el mundo sigue?... ¡Yo quiero ir con papá y con mamá!

Y volvió a caer en un sopor surcado por fresco delirio: "No merecía ir al infierno... Había sido buena... No fué ella, sino Manolito quien robó los dulces... Ya no volvería a chuparse el dedo ni a desobedecer..." Todos la oían delirar con la sonrisa en los labios y las lágrimas a punto de cuajarse. Cuando pasaron los riesgos de la operación, Leonor no aminoró ni su asidui-



dad ni sus mimos. Los enfermos solían preguntarle. "¿Cómo está su hija?" Y ella seguía la broma con complacencia, y en cuanto estaba libre iba a sentarse al borde de su cama. Valerosa para los dolores materiales y cobarde ya para los duelos del espíritu, decíale en cuanto se quejaba:

—Sé valiente, Elenita. Muerde un canto de la sábana con fuerza... ¡Así!

Mas en cambio, ponía obstinado afán en ocultarle que sus padres no podían volver más junto a ella; y a sus impacencias, a sus preguntas, respondíale con mentiras y arullos que iban adormeciendo los presentimientos del alma infantil.

—Vendrán dentro de una semana y cuando vengan, les diré que todo tu cariño es para ellos sin dejar un poquito para los que te hemos cuidado.

—Sí que te quiero, sí que te quiero... ¡A tí más que a nadie!... Tú eres la mamá de esta casa de los enfermos, ¿verdad?

—Sí, cállate ahora... Estate tranquilita y tendrás la muñeca que te ofrecí.

—Y si me das la muñeca, ¿no me darás el bizcocho con jerez?

—También te lo daré, golosa.

La palidez de cera entre el blanco crudo de las sábanas y de los vendajes, hacía pensar a Leonor en algo paradójicamente irreal y vivo al mismo tiempo: en el hijo que pudo tener; y una emoción trémula que alteraba el ritmo de su pecho, hacía apartar los ojos de aquellos ojitos febriles. Desvelábase por las noches pensando en la desamparada soledad que aguardaba a la huérfana, en las inclemencias del asilo, hasta en las asechanzas del sexo cuando la adolescencia llegase y la primavera se hiciese cómplice de todos los pecados. Y triunfando por milagro de la imaginación, del tiempo y del espacio, parecía tocar ya los más lejanos sinsabores de su adoptiva maternidad. Hasta sentía celos cuando la niña mostraba simpatía por alguno de los operados con quienes el acaso había reunido bajo el techo igualitario del dolor. Algo entrañable resucitaba en ella junto al cuerpecito maltrecho. A veces venía desde el otro extremo de la Clínica sólo por verla un momento, para arreglarle el embozo, para mullirle la almohada, para hacerla callar algo si estaba demasiado charlatana, o para incitarle a que hablase si estaba demasiado silenciosa. Julián participaba también en sus taciturnos silencios, del pesar de no poder servir de nada a la niña en cuanto saliese de la Clínica. Y ambos, tan sobrios, echaban de menos la riqueza, y, sin decirselo, daban vueltas al proyecto de pedir amparo al doctor para aquel ser indefenso que ponía una nota florida en medio de la pereunte presencia con que el Dolor y la Muerte advertían a la pobre carne de la fugacidad de su bienestar.

Mas el doctor no entendía las tímidas indirectas. El, que sabía escuchar con gesto reposado dónde se transparentaba el anhelo de llegar hasta el fondo de las cuestiones, prestaba a todo, desde hacía algún tiempo, una atención insuficiente. Su rostro aguileño, de leve bigote castaño, bombeada frente y ojos agudos de observador, inclinábase ante cada cama igual que antes; pero Leonor y Julián comprendían que había en esto algo de mecánico, que su alma estaba lejos y su cuerpo presuroso de reunirsele... Sólo en la sala de operaciones, cuando vestía la blusa, se calzaba los guantes de goma y se cubría la boca y la nariz ante el cuerpo inerte en donde su bis-

turí iba a corregir la arbitrariedad cruel de la Naturaleza, recobraba el ritmo sereno, la actividad, ni acelerada ni lenta, la destreza, a la vez cauta y audaz. Un reflejo divino de creador prestábase entonces majestad sobrehumana: parecía crecer su estatura, llenarse de fuerzas sus palabras, adquirir cada uno de sus movimientos potencia generatriz. Allí, bajo la luz solar suavizada por las deslustradas vidrieras, sobre la herida orillada de plateadas pinzas, el doctor Enríquez simbolizaba la escoria eliminada del ser por la combustión del ideal. Todas las sensualidades, todas las tiranías de la bestia quedaban en suspenso. Las manos eran dos espíritus concordes, benéficos, flores de arcilla saturadas de sople de Dios. ¡Ah, cómo lo admiraba Leonor en esos instantes!... ¡Cuán cerca de él sentíase al interpretar una de sus miradas, al ofrecerle, antes de que él se lo pidiese, la aguja, la gasa, la hebra de amarilla seda! En esos minutos sublimes, nadie podía estar más creca de él... Ningún beso podía equivaler a la mirada de gratitud con que premiaba su adhesión... ¡Y cuánto habría dado Leonor porque Alicia los viese así, unidos por el lazo puro ante el cual se rinde el tiempo y el tedio retrocede!

Cuando las palabras del doctor rompían el silencio para preguntar al anestesista el estado de la pupila o de la lengua, parecía a Leonor que la muerte habíase quedado fuera, vencida, y que le sería imposible entrar mientras él estuviese allí...

Pero al terminar la operación, mientras el paciente regresaba a su lecho en el cochecillo empujado por Julián, Leonor veía dibujarse en la cara del doctor una sombra; y con la terrible clarividencia del sentimiento, no sólo imaginaba la imagen invisible a la cual pertenecía aquella sombra, sino que la sentía llegar paso a paso, pisoteando su alma y penetrar en la de él con su aire de flor viva, en su turgente y nacarada carne, sus ojos falsamente castos entre la boca ávida y el pelo de lino. Y cuando poco después, sonaba en la puerta la bocina del automóvil en que tantas veces venía ella a recogerle, él daba las últimas instrucciones apresurado, colérico casi ante la menor pregunta retardadora, y salía con cierto aire feliz. ¡Cuántas veces sin que ninguno de los dos sospechase, un rostro achatado contra el cristal de uno de los miradores espío hasta verlos desaparecer en el tránsito de la calle y dejó sobre la transparente superficie una huella que no era neblina de aliento, sino humedad de lágrimas!

El doctor había dejado ya de resistir. Advertencias, augurios, temores, desconfianzas, todo fué inútil: la poderosa corriente sexual lo arrastraba hacia ella, y, en vez de contrarrestarla, bogaba con los propios remos para ir más pronto, sin cuidarse de si iba al precipicio o al puerto. Los preparativos de la boda antojábansele interminables, a pesar de estar acelerados por el dinero y por la influencia. Hubo días en que los relojes se complacieron en medirle el tiempo con irónica lentitud; y hubo horas de deseo, de fiebre, de gritos de la materia, insubordinada contra las normas éticas de la vida.

A veces sentía miedo de estar próximo a sufrir una perversión cerebral; aquellas ansias perentorias de verla de pronto, fuera de las horas prefijadas; aquella facultad de asociar el recuerdo de su seno, de sus caderas, de su sonrisa, con una nube, con una ola, con el agua irisada de un surtidor, no eran normales. Al darle la mano, un escalofrío poníale a pique de perder las riendas de sí mismo; y en muchas ocasiones, ante numerosa tertulia, hubo de

realizar esfuerzos difíciles para rechazar la idea de levantarse, de estrecharla y de besar, delante de todos, sus labios, su garganta, por donde una crucecita, a cada inclinación de la cabeza, resbalaba, irónica, hacia la línea divisoria del pecho. Fueron días amargos en que la dignidad sintióse frecuentemente a punto de perecer, asaltada por fuerzas tumultuosas y oscuras... Su espíritu había renunciado ya a analizar el alma escondida en aquella ánfora viviente, que parecía encerrar los jugos íntegros de su existencia. Si en algún instante lúcido pretendía manumitirse de los nervios para considerarla de modo objetivo, una fuerza subjetiva, hecha de embriaguez y de miedo a perderla, echaba sobre la llamita de la razón, la marejada de los apetitos, diciéndole: "No es aún hora de juzgarla... Espera a que sea tuya. Si te detienes a juzgarla te la quitará otro... Ya tendrás tiempo después".

Dos o tres jóvenes habían empezado a operar en la Clínica, y Leonor y Julián pudieron acuilatar entonces la superioridad de Mario Enríquez. Junto a su recuerdo chocaba la falta de serenidad de casi todos. La menor contingencia producía turbación y desconcertaban a los ayudantes con premuras e inculpaciones. Al compararlo con los otros, Leonor sentía un orgullo melancólico. Soñaba con él hasta despierta. A medida que la fecha del enlace se acercaba, un estatismo resignado iba amortiguando su actividad. Sin proponérselo había resuelto un problema difícil: el de permanecer largas horas inmóvil, en actitud meditativa, pero sin pensar en nada, envuelta en un sentimiento abstracto, especie de sudario donde su inconfesada ilusión se amortajara por sí misma. Durante esos días, no halló en el deber el gusto placentero de antes. No se atrevía a mirar al doctor cara a cara, y rebuía las conversaciones con Julián. Una sola obligación érale grata; la de cuidar a Elena, la de contarle cuentos e inventar pretextos para justificar el retraso de aquellos que no podían regresar nunca, y que ella hacía viajar por países imposibles, en busca de tesoros, de juguetes fantásticos.

A los pocos días la niña estaba en pie y llevaba de cama a cama la gracia frágil de su infancia, que el dolor pretendía estrangular. Una tarde, Leonor sin saber cómo, tal vez por disimular ante una de sus miradas descubridoras, tuvo un raptó animoso y se atrevió a hablarle al doctor:

—Julián y yo quisiéramos pedirle un favor muy grande.

El alma de Mario, que estaba lejos, regresó; y su voz era aún distraída al decir la respuesta:

—¿Un favor? Concedido... Hoy estoy contento, y es buen día de pedir.

Leonor no pudo reprimir un gesto penoso. ¡De qué buena gana habría renunciado a la demanda! Pero no era para ella, sino para la niña. ¡Bendita pues la concesión—¿promesa, beso?—que así predisponía el alma del doctor, jamás necesitada hasta entonces de estímulos para otorgar el bien! Algo dubitativo debió de nublar su rostro, porque Mario tuvo una sospecha:

—¿Es un favor para usted y para Julián juntos?... Me gusta. Julián es un buen muchacho... algo serióte, pero buen muchacho... Me gusta.

Con voz rota, sonrojada hasta el alma, Leonor evitó que la insinuación continuase:

—El favor es para nosotros... y no es para nosotros... Nos da pena que Elenita se tenga que ir al asilo y quisiéramos recogerla... Y como ya está

dada de alta y no tenemos de pronto dónde llevarla... Si usted nos permitiera dejarla aquí unos días más...

—¿Cómo unos días? Hasta que estemos; y luego a la quinta, donde hemos de irnos en cuanto vuelva del viaje... ¡No faltaba más!

—Yo creí que ya no pensaba usted llevarnos.

—Pero, ¿estás loca? ¿A quién voy a llevar sino a vosotros para que me ayudéis?... El laboratorio va a resultar espléndido; ya verás... Lo que me extraña es que no se me haya ocurrido antes lo de la nena. ¡Pobrecilla! A tu lado se hará mujer de bien... La señalaremos sueldo como legadora de la casa, y hoy mismo le abriremos la cartilla en la caja de ahorros... Has tenido una excelente idea; como tuya. De seguro que a Alicia le va a parecer bien... Hasta luego. Se me va a hacer tarde.

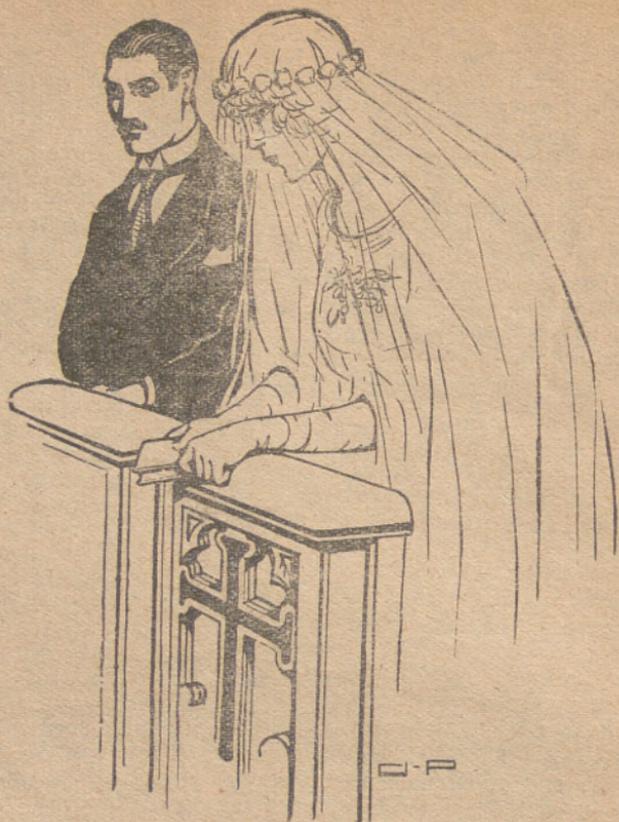
Y salió rápido, dejando en el alma de Leonor una inmensa pena en lucha con el júbilo de poder salvar de las violencias prematuras a aquella existencia infantil, que ya le daba en pago de sus maternales cuidados, el consuelo de transformar en caricias la ternura baldía de su ser.

IV

El día de la boda fué para Leonor un día sin sol, y en su anhelo de encontrarle par, a fin de no confesarse que era el más triste de su vida, se puso desde muy temprano a pensar en el de la muerte de su madre; pero la fecha luctuosa estaba tan lejos, tan envuelta en la bruma de la distancia, tan separada de ella por emociones intermedias, que un momento antes de decidirse a ir a verlos casar, se detuvo asustada por su propia palidez ante un espejo, y hablándole a su imagen cual si fuera un fantasma incapaz de traicionar su secreto, confesóle:

—¡No, no; jamás he sufrido ni volveré a sufrir tanto como hoy!

Cuando llegó al templo con Elenita y Julián, empezaba la ceremonia. Ante el altar, realzado por trémulas lanzas de luz, el sacerdote hablaba esmeradamente, y de rodillas frente a él cuatro personas oían la plática. ¡El corazón de Leonor tuvo un sobresalto doloroso al reconocer a las dos figuras del centro! Elenita quería hender la multitud para acercarse al presbiterio; mas Julián, que no dejaba de mirar a hurtadillas a Leonor, se opuso. Un bisbiseo cordial llenaba las naves con rumor de colmena. Suave penumbra azul, saturada de incienso, hubiese hecho pensar en el crepúsculo si el día no se pintase en las polícromas vidrieras y en la concavidad de la cúpula, dorada de sol. Las dos cabezas de los desposados inclinábanse una hacia otra como si casi anudado el lazo suave y terrible por el minis-



tro de Dios, pudiera, sin miedo a los hombres, obedecer ya a la atracción tantas veces sentida. Y de pronto, del órgano cayeron las cadencias de una marcha triunfal que aun allí sugería imágenes profanas y paisajes de primavera... ¿Qué vio Julián en el rostro de Leonor para proponerle marcharse y obligarla después de la negación a que se apoyase en una de las pilas de agua bendita?... Algo muy alarmante debió de ser, porque insistió, porfió. Sólo cuando todo hubo concluido y las cuatro figuras prosternadas se inguieron, la enfermera obedeció precipitadamente, y huyó del peligro de verlos pasar, unidos ya para siempre, cerca de ella.

—¡Vámonos... vamos!... ¡Ya hemos visto bastante!

—Yo me quiero quedar hasta el fin...—rezongaba la niña.

—No, vamos... Hay que obedecer siempre a Leonor... ya que ella no me obedece a mí—dijo Julián, soslayando la última parte de su frase.

Ya en la Clínica, ambos se entregaron a sus ocupaciones con un mutismo activo, sin tregua.

Un mutuo pudor impidiólos durante aquel día aludir siquiera a la boda,

y Leonor hubo de esforzarse para no acallar con brusquedad las incesantes preguntas de la niña: "¿Vendrán ustedes pronto? ¿Irán por las tierras donde están mis papás comprándome juguetes?" Pero en el insomnio de la noche, imágenes que estaban muchos años ausentes, envenenaron sus recuerdos, intranquizaron sus sentidos y pusieron en su piel el regusto de las caricias. La carne, que desde hacía tantos años era para ella cifra de dolor, adquirió en la tormenta nocturna tibieza epitalámica; y en su alma, donde había disuelto en el estancamiento las pasiones todas, el cárdeno relámpago de la envidia alumbró marejadas de cólera, de protesta, de ansia juvenil, tan escondida tras la corteza de su vida cual lo están los renuevos verdes antes de abril, tras las cortezas rugosas de los árboles.

La razón y el hábito de sufrir trataban en vano de adormecer a la fantasía, obstinada en presentarle el coche de ferrocarril donde Alicia y Mario Y hasta ideas tortuosas, por completo ajenas a su manera simplista de pensar, iban poco a poco desmoralizando su divagación y contagiando el pensamiento de la molición voluptuosa de los sentidos. ¡Ah, los besos que durarían kilómetros y kilómetros, las caricias ajustadas al ritmo jadeante del tren, las bruscas paradas ante estaciones miserables, donde un pobre hombre somnoliento, embozado en su bufanda, no podría sospechar que tras aquella ventanilla oscura y humosa celebraba el amor fiesta triunfal!

Ya muy tarde, extenuada por el esfuerzo hecho para rechazar las ideas e intentar dormirse, se levantó, fué a la cama de Elenita, y, arrojándola bien, la trajo a la suya. Al pasar por entre las camas, un enfermo, asustado alzó la cabeza:

—¿Pasa algo?... ¿Tiene algo la niña?

—No, no... Duerme.

Elenita, sin despertar, mustió la cabeza sobre el hombro, y al caer de nuevo en la cama tuvo un sobresalto, anudó los bracitos al cuello, y susurró:

—No te vayas, mamá.

Luego entreabrió los ojos, la voz perdió la vaguedad del sueño y hundiendo los dedos entre el pelo y apretándose contra el cuerpo febril, dijo:

—Déjame dormir sietupre contigo, mamáita Leonor... Si vieras el miedo que paso muchas noches... Creo que los de al lado van a morirse y a tirarme de los pies... A tu lado no puede pasarme nada malo... ¡Abrazámelo más fuerte... más fuerte!...

Y el sueño las cobijó a ambas; y como tantas veces sucede a los niños, Elenita pagó en aquella sola hora, en que la llamita de su alma era merced a la cual no triunfaban las tinieblas de la desesperación, todas las horas dedicadas a hacer su orfandad menos triste.

Quando el sol entró a despertarlas, Leonor recobró su fuerza y tuvo vergüenza de sus desfallecimientos de aquella noche, pesadilla en la que por un beso infantil pudo anticipar la salvadora impresión del amanecer. La conciencia, sobreponiéndose a los dolores, reprochó duramente: "¿Por qué ese encono y ese vicioso desasosiego? ¿Con qué derecho envidias? ¿No recibiste ya bastantes bondades de ese hombre, ingrata? Y la voluntad prometió, primero escueta, y en seguida irisada de ternura: "No más flaquezas, no más pesadillas. Mi energía me hace falta no más para espantar quimeras sino para corresponder a la huerfanita a quien he prohibido, la paz que me dió

noche y la confianza que tiene junto a mí... Que me vea alegre y segura siempre, como me ha soñado, que viva a mi sombra sin sospechar lo que hay dentro de mí"... Julián vió florecer de nuevo la sonrisa en sus labios y, con clarividencia confusa, admiró el carácter de su compañera. ¿Por qué saltaba en su alma de varón aquel resorte fuerte que mantenía erecta la conciencia cuando todo se derrumbaba en torno?... Si a él le hubieran dicho: "Apártate de esa compañera cuya sonrisa ilumina la bruma de tu vida", o, "No bebas nunca más, nunca más", habría sin duda prometido para caer en seguida. Y aquella mujercita le daba ejemplo, y, sin echárselo en cara, parecía decirle: "¡Yo no necesito del alcohol para engañar mis sentidos! ¡Me basta querer!"

Cuando llegó la primera postal de los novios, esforzóse para verla palidecer, pero los ojos de aterciopeladas profundidades contemplaron impasibles los paisajes risueños. A esa tarjeta siguieron cuatro más. Las leían juntos, y Elenita palmoteaba cuando pronunciaban su nombre. La letra era aquella resuelta y esquemática del doctor; aquella letra a menudo indecifrable, en cuyos rasgos, a la vez inciertos y enérgicos, un grafólogo hubiese podido leer contradicciones sorprendentes; y en todas, bajo la firma masculina, venía escrito en caracteres angulosos, con tanta morada, el nombre de la mujer feliz. Lentamente la debilidad espiritual cedía. El deber iba no sólo fortificando el ánimo, sino consiguiendo verdecer entre las junturas ornamentos que hacían los días menos monótonos. Ya no se encerraba a seguir sobre la superficie irónicamente muda del mapa la ruta de los recién casados; ya no la mortificaban visiones insistentes, ecos de palabras y besos. Una de las últimas postales, empero, donde veíase un hotel sobre cuyas ventanas trazada una mano—¿cuál?—dos crucecillas color violeta, le produjo una sacudida dolorosa, irreprimible. Fué sólo una ráfaga que nadie advirtió. Fué sólo una ráfaga.

Falta de su eje espiritual, la Clínica parecía haber perdido el ritmo íntimo y un malestar que extendíase hasta los enfermos, envolvía a los doctores encargados de suplir a Mario. Hasta los convalecientes, que nada esperaban ya de sus cuidados, echábanle de menos. Leonor y Julián, poseídos de igual sentimiento, velaban por mantener en la zona de su acción el esmero que a él le era tan grato y lo hacía prorrumpir en dos o tres de aquellos "bien", en apariencia secos, mas henchidos de afecto. En la sala de operaciones cada vez que hacíase una intervención grave, sus miradas entrecruzábanse como diciendo: "Hasta aquí no llegamos nosotros... Y el pobre señor que pretende sustituirlo lo sustituye tan poco... No sé cómo hay enfermos que se dejan operar por otros". Y un día que en el transcurso de una operación, la sangre del enfermo de súbito se ennegreció y todos perdieron la serenidad y el anestesiado perdió la vida, Leonor, al salir, no pudo contener estas palabras de injusticia:

—Si está él no pasa, no pasa... ¡No pasa!

A lo que Julián, libre desde hacía muchos días de las espiritualidades del alcohol en aras de la seriedad del deber, repuso bárbaramente:

—¡Cómo se va a reír cuando se lo contemos!

Todo adquiría en sus vidas un carácter provisional, y hasta en las horas en que habitualmente estaban apartados de él, sentían su ausencia. Dijérase que su llegada iba a marcar en las dos existencias de los auxiliares un

fasto decisivo; que de las tierras donde viajaba con Alicia iba a traerles el don de una nueva vida, premio de aquel lento vegetar sin esperanza de mejora junto al dolor. Compensada por el cariño cada día más vehemente de Elenita, que iba a desvanecer en una palabra o una sonrisa cuya cualquier motivo de inquietud puesto en su alma por la indiscreción de los practicantes o de los alumnos, Leonor sufría con menos tedio la tortura de esperar; pero Julián mustiábase con la abstinencia y más de una vez sintió Leonor impulsos de darle a beber algo como si diese otra medicina. En el rostro anguloso, los ojos mortecinos parecían aguardar siempre la caída de los párpados, cargados de un sueño antiguo; y sobre cerrada por el mutismo y la falta de apetito, llovía el bigote, cuyas guías tocaban los atléticos hombros cuando el corpachón encorvábale en la postura habitual de dejadez. La enfermera solía decirle:

—Me parece un viejo cuando se deja caer así. ¡Anímese!

—Si que está usted para animar a nadie.

—La verdad que no. ¿Cuántos días falta para que venga?

—Siete aún. No sé si lo resistiremos.

—Usted, al fin y al cabo, se aburre porque quiere. ¿Tiene más que aprovechar su día libre y salir?

—Si viniera usted...

—Me llevaría a tomar "algo", ¿no? Gracias. Prefiero quedarme con la nena.

—Pues nos aburrirémos juntos.

La víspera del regreso, Leonor volvió a sentir una turbación de las ideas y de los sentidos que retrasó el sueño y la impurificó después en visiones inconexas. Mario apareció en una de ellas sacando del saco de viaje innumerables aparatos de cirugía que se apilaban en montón de tamaño cien veces mayor al más gran baúl del mundo; de pronto, el hombre operado que le murió en la mesa de operaciones pocos días antes, salía de detrás del montón a rogar que le volviese a operar el doctor Enríquez; pero Mario, en lugar de hacerle caso, volvíase sonriente a ella, y, abrazándola, le decía: "¡Ah, qué contento estoy de encontrarte... Ya me cansé de Alicia. Te juro que creí que era otra cosa... Me aburre; no sé de qué hablarle. Te prefiero a ti!" Y en el momento en que ella apretaba los brazos también e iba a languidecer bajo su peso, el contacto fué tan real, que sus ojos se abrieron y vió el cuerpo de Elenita apartándose en una vuelta de aquella caricia que no era suya. Por la mañana tenía ojeras, y al arreglarse, no pudiendo reprimir esta exclamación melancólica:

—¡Hoy que hubiese querido estar menos mal!... ¡Bah, si ni siquiera ha de fijarse!

Muy temprano llamaron al teléfono, y Leonor acudió, segura de oírle; mas la voz esperada le causó el efecto de una sorpresa, y tuvo que dominarse mucho para no perder del todo la serenidad y responder con la frase de vulgar bienvenida. Detrás de ella Elenita palmoteaba feliz, y Julián, con irónica benevolencia, musitaba por entre la red del mostacho:

—Ya parece que nos han dado cuerda para parecer personas y no fantasmás un poco de tiempo... Esta tarde celebró la llegada del doctor... Ahora iba a entrarme a mí la tristeza.

Cuando por la tarde oyeron el automóvil detenerse, los tres corrieron

en tropel hacia la entrada. Antes de que traspusiese la puerta, Leonor advirtió que Mario venía algo más delgado. El chófer bajó un gran paquete y mientras cambiaban las primeras preguntas y comenzaban, después de la cortedad inicial, a apelonarse las palabras, Mario fué ofreciendo a cada uno el regalo traído: para Julián, una cartera; para Leonor, un bolso de marfil y moaré; para Elenita, un muñeca. Luego, recorrieron la Clínica. En todas las salas trocóse la dolorosa quietud por un revuelo jubiloso al pasar el grupo. Cuando el doctor hablaba con Julián, Leonor esforzabase en desentrañar en la mudanza de su rostro algo que no era delgadez; mas como a menudo el rostro volvíase hacia ella, tenía que bajar los ojos, y al alzarlos, incapaz de resistir la mirada sin ruborizarse, de nuevo la sombra cubría a modo de impenetrable máscara aquellas facciones familiares, en las cuales sólo breves días de separación habían puesto algo extraño, inasible. iban a pasos lentos, mirándolo todo, como si la Clínica fuese nueva para él. Y tal vez el recuerdo de la visita hecha por Alicia días antes de casarse, hizo notar a Julián que ni siquiera le habían preguntado por ella. Cortando una conversación, subsanó la falta.

—Y ¿qué tal está su señora, doctor?... Dispense que no le hayamos preguntado antes.

—Bien, gracias... Bien.

Y al decir la respuesta, la máscara se rompió de súbito y dejó ver a Leonor de manera indudable el rostro del alma... ¿Cómo no lo reconoció hasta entonces? ¿Cómo pudo titubear? Lo que tenía el doctor no era demacración, no era cansancio: era tristeza.

V

Leonor sintió subirsele del alma una onda de alegría, amargada casi en seguida por la vergüenza. Sólo unos días pudo cobijar, en el más íntimo rincón de las quimeras, la esperanza de que Alicia hubiese perdido con la posesión su influencia sobre Mario. Sagazmente, por observaciones concatenadas luego en los largos soliloquios sin palabras, restableció la verdad compleja y triste. El cuerpo, al darse, lejos de disminuir sus atractivos, los multiplicó; Alicia era para el doctor ese ser único, rara vez encontrado, que tiene vivos y dominadores en cada una de las partículas de su piel, en cada uno de los efluvios de su aliento, en cada uno de los rayos de su mirar, el eco de nuestras máximas posibilidades sensuales. Junto a ella, aquel hombre casto tornábase lúbrico, y bastaba, por ensimismado que estuviese en cualquier trabajo, la presencia o el recuerdo de ella para que su pulso se alterase y fulgiesen en sus pupilas dos chispas.

¿Provenía de esa esclavitud de la materia la tristeza? No; por una ab-

dicación de algo del espíritu, aquella esclavitud de la materia le era grata. A Leonor bastó verle una vez juntos para llegar hasta el fondo de la herida. Mario sufría de celos. No de celos concretos, que habrían sido injustos; pero de celos abstractos, hasta impersonales, que daban al celoso la incertidumbre más mortificadora de esa pasión funesta: la insuficiencia para retener en nuestra adoración al ser querido. Alicia era buena, era honrada. No era posible reprocharle ni un acto, tal vez ni una intención. Un marido más sociable la hubiese encontrado perfecta. Mario, habituado a entregarse íntegro, hecho a las intensas concentraciones espirituales, pletórico de la pasión atesorada durante una juventud libre de esas válvulas por donde lo mejor del ser viril se va infecundamente, sufría, hasta la tortura, de la frivolidad de Alicia. Su pensamiento, su interés, mariposeaban por entre las cosas más fútiles, con tal de no estar cautivo de un solo hecho. "Sera incapaz de traicionarme—pensaba Mario—pero me engaña con todos los escaparates de las tiendas, con todas las revistas de modas, con los partidos de tenis y los estrenos de obras teatrales, con la mañana de sol y con la tarde de borrasca... Una luz, una palabra de cualquiera la apartan de mí. Se aburre a mi lado, y mientras yo cada vez la deseo más y tiemblo al oír su voz, y saco de su última caricia el deseo ávido de caricias nuevas, ella se me esquivo como si no compartiese el ardor terrible que enciende en mí." Sólo en la intimidad de las noches, en la prisión de la alcoba, era del todo suya; y aun allí encontraba a veces alusiones extemporáneas y mortificantes a cualquier nimiedad del día. Y entonces Mario sentía por ella esa violencia agresiva que palpita por igual en el odio y en el amor.

—¡No me hables de nadie ni de nada! Bésame o... déjate besar, si no quieres besarme.

—Pero si de todo hay tiempo, bobo. ¿Es que porque seas tan sabio no va a poder una hablarte de lo que va a llevarse esta estación? Así estaré más guapa para ti.

—¡Y para los demás también! Nada te añade y todo te quita belleza... Junto a ti todo me sobra... ¡Me da vergüenza quererte tanto! Para mí, ahora es como estás mejor.

—Si no me ves...

—¡Te veo y te siento!... Te veo con las manos, con los labios... ¿Quieres que te lese en los ojos, en las orejas, en la nuca, en el lunar de debajo del pecho? Ni una vez me equivoqué... En la sombra tu cuerpo brilla como una nebulosa o como un río, y yo sólo lo veo... ¡Te quiero demasiado, Alicia!

Y al poco rato, en cuanto el alma de ella escapaba al imperativo de la carne satisfecha ya, palabras frívolas le subían de nuevo a la boca, e iniciábase lo que él llamaba, irónicamente, la infidelidad pulverizada.

—¡Qué bien juega al bridge Juanito Hidalgo, chico!

—¡Lo detesto!

Ella, apoyada la desmelenada cabeza en la mano y el codo en la almohada, tardaba un momento en comprender la causa de la indignación y decía con coquetería trivial:

—¡El pobre!... ¿Vas a tener celos de ese mequetrefe?

—El caso es que te complace estar con él.

—Para jugar al bridge, sí. Como me gusta estar con Raimundo Molina

en las carreras de caballos y con el de Asenjo en las almonedas... Si toda la vida fuera esto: quererse y estar solos, yo no podría estar más que contigo; pero la vida es más que eso y yo no puedo interesarme por tus librotos, y me da horror pensar que pudiera verte con esa mano preciosa, que tan bien me acaricia, abriendo heridas... Odio la medicina y los enfermos, hijo. ¿Qué le voy a hacer? Algún defecto había de tener, puesto que dices que soy linda. En cambio, te quiero con toda mi alma... ¡Sí, sí, con toda mi alma!

Mas ¡ay!, su alma era pequeña y escurridiza. Por las mañanas, cuando él se levantaba sigiloso, dejándola dormida, deteníase a veces un momento a contemplar la estatua palpitante a la cual faltaba el espíritu; y al ver las turgencias ambarinas, el flujo y reflujo de la maravilla del seno, la flor de la boca y la curva de ánfora rota en el capricho de las posturas, siempre para él incitantes, aun en el más casto reposo, comprendía que en la tiranía que aquel ser ejercía sobre su médula, ningún influjo añadía lo que alejaba el sueño; que era la carne, la carne nada más la tirana. Entonces, lo mejor de sí mismo—su inteligencia—sonrojábase, y por no lanzarse sobre ella y despertarla con sus besos, tenía que huir como quien huye de un delito. Y esas mañanas llega a la Clínica de mal talante, y sostenía el mirar de Leonor, que desprendido de la materia, traspasaba la materia y penetraba en el alma, descubriendo hasta el último rincón de los secretos, donde ni él mismo llega casi nunca.

—No me gusta verlo tan malhumorado, doctor—decíale para disimular, la enfermera.

—Ni a mí tampoco. Pero no es contigo, ya lo sabes.

—Los días que viene usted nublado por dentro, Elenita es la primera que lo nota, porque no la besa... Ayer me dijo que usted la prometió llevarla a la quinta y que no lo cumple.

—Tiene razón... Esta semana quedará todo listo e iremos... Es que quiero que la sorpresa sea total.. Ya veréis vuestro cuarto... Te ha de gustar... Ayer me encontré a Julián en la calle.

—Sí, salió... Le tocaba.

—Iba dando tumbos. Hay que decirle algo. Y eso que... ¿Tú crees que el vino quite las penas, Leonor?

—Lo probaré un día antes de responderle... Mire, aquí está la señorita en su automóvil. ¡Ya tiene usted otra cara!

Alicia llegaba conduciendo su cocheillo. Este era su deporte predilecto, y desde que consiguió que Mario le dejase guiar, el chófer iba en el asiento de honor, cruzado de brazos, mirando con un gesto irónico a cuantos transeúntes deteníanse a contemplar a aquella mujer tan linda inclinada sobre el volante con una voluptuosidad apasionada que, a veces, disfrazábase de displicencia. Aquella visita matinal producía en Mario dos efectos concordados: primero, un júbilo excesivo; luego, una pena extraña.

—Parece que no ve usted a la señorita desde hace mucho tiempo, solía decirle Julián al verlo abalanzarse hacia ella con los brazos tendidos.

Y Leonor, al verlo quedarse sombrío y ensimismado al desaparecer el vehículo en el tumulto de la calle, hubiera podido decirle: "Se entristece porque supone que ahora va a olvidarlo por pensar en los obstáculos, en las visitas, en la prueba de la modista, y en el partido de esta tarde. Y

tiene envidia y celos". Pero no se atrevía a decirle nada. Y, si por azar, las miradas de ambos cruzábanse, sobrevenía uno de esos instantes interminables en que la densidad del silencio nos hace pensar en cuán bien pueden servir las palabras para enmascarar la verdad.

Una de esas mañanas, cuando Alicia acababa de partir y el doctor iba ya a vestirse la blusa para entrar en la sala de operaciones, Elenita llegó llorando con aflicción profunda: un enfermo indiscreto habíale dicho que sus padres no llegarían jamás. Con fe cándida, vibrante de emoción, se refugió en los brazos de Leonor preguntándole:

—Dime si es verdad, mamáita....

—No es verdad... Pregúntaselo al doctor, si quieres... No es verdad.

Bastó esta afirmación para que el rostro infantil se serenase y para que bajo las lágrimas recordase la crédula sonrisa un arco iris. El doctor, casi conmovido, acercóse a acariciar a la niña, y dijo a Leonor:

—Si usted le dijera a Elenita que ahora era de noche, la creería... Y hace bien en creerla. ¡Qué dulce debe de ser tener confianza en una persona hasta ese punto!

—Para ella yo estoy por encima de todo sufrimiento y de toda mentira. Aquí todo el mundo cambia: usted, Julián, los enfermos... Sólo yo estoy siempre igual. Para ella, ya ve usted qué cosa más graciosa, soy como un pararrayos, como el centro del mundo... ¡Qué se yo! Y disuadirla sería cruel.

De pronto sucedió algo inesperado, horrendo, que Mario y Leonor comprendieron, sin embargo, al punto, como si algo subconsciente en ellos los esperase: El mismo Julián, que venía de la sala de operaciones a llamar al doctor, comprendió también. En la puerta de la calle arremolinóse gentío y de un automóvil bajaron un cuerpo desmadejado. Sobre el corpiño de encaje manchas de púrpura parecerían casi negras. Era Alicia, Alicia. Y a pesar de ser ella ninguno de los tres gritó. Una fuerza de instinto profesional retuvo en la garganta las exclamaciones y lamentaciones inútiles. En un solo instante el cuerpo exánime fué suyo y las miradas expertas sondearon la magnitud de la catástrofe. La cara, poco antes luminosa, tenía una lividez funeral; y sobre ella el casco de cabellos parecía más dorado; el cuello era un tallo incapaz de sostener la flor de la cabeza que se bamboleaba sobre el seno, salpicándose de sangre. Con frases entrecortadas, el chófer explicaba el accidente... "Un accidente estúpido: se cruzó un camión... La señorita quiso frenar, pero patinó el coche y en el encontronazo se partió el volante y una maldita astilla debió clavársele, y..."

—Sí, una astilla enorme... Entre la cuarta y la quinta costilla... Tal vez haya interesado al pericardio... Hay que proceder en seguida... en seguida, sin perder ni un minuto.

Julián, luego de expulsar a los curiosos y de cerrar la puerta, había ido a quitar de la mesa al enfermo ya preparado para operarse; y en poco tiempo la mesa estuvo lista. La cara del doctor estaba demudada, mas su palabra era firme y su pulso seguro. Entre dientes musitó un nombre; el de un compañero ilustre, y miró al teléfono. Leonor dijo entonces:

—No, doctor... opere usted... ¿quién mejor que usted?

—Y además no hay tiempo—murmuró él—. Ayudadme vosotros... nadie más.

Y ya sus labios no volvieron a proferir palabras. Mientras la clorofomaban y preparaban, él quedó en la antesala, deseoso de no verla más que en el momento indispensable y forzado por la ansiedad a asomarse a cada segundo y a preguntar con la mirada. En voz baja dijo a Leonor:

—El hombre que ha abierto nuestro cuerpo y nos ha visto hasta el fondo de las entrañas, no puede tener ya ilusión ninguna... ¿Se acuerda usted?... Ahora, si no muere, estarán iguales.

—¡Calle, por Dios!

Hubo en su angustia la confesión tácita de que su alma ha sido vista al desnudo. La respiración de Alicia era isócrona; del cuerpo cubierto por una sábana, sólo veíase la herida roja y palpitante en un ancho ojal del lienzo cuyos bordes mordieron en seguida numerosas pinzas. El doctor entró y las manos cubiertas de guantes de goma rozaron la piel, penetraron en la abertura hacia la entrada generadora de la vida. La escena era en apariencia la cotidiana; pero ¡cuán distinta! La ansiedad enarecía el aire. Los tres procedían con una serenidad violenta. La astilla había rasgado el tejido pericardial y era necesario intentar una sutura arriesgada dejando casi al descubierto el corazón. La dificultad única de la operación radicaba en el lugar de la herida: un titubeo, una desviación mínima eran la muerte. Leonor cerraba los ojos para no ver las manos y los ojos de Mario, única parte de su cara libre de la envoltura aséptica. Su alma comprendía la intensidad de la batalla, lo titánico del esfuerzo; y la compasión cuajaba en su alma una plegaria en demanda de aquella vida imprescindible para la vida de aquel a quien habían dedicado la suya; pero en la plegaria, en contra de su piedad, entremezclábanse malignidades de mujer:

—¡Que se salve, Dios mío, que se salve!... No tendría él esta angustia cuando me operó a mí, en este mismo sitio... ¡Que se salve, Dios mío, que se salve!

Unas palabras breves rasgaron el silencio... Leonor casi no conoció la voz:

—¡Atención, Julián... retira de vez en cuando la máscara!... La sangre no se ha ennegrecido ni un momento. Prepara el catgut, tú.

La madera fué extraída, se exploró minuciosamente, se ligaron las venas y el corazón apareció en el fondo de la cavidad como un ser vivo dentro de un cadáver. ¡Cuántas veces había visto él aquella viscera con atención sólo profesional! ¡Cuántas veces en las treguas del amor, detúvose a sentir dentro del pecho maravilloso el vaivén de la savia vital! Y por primera vez ahora, todas las virtudes atribuidas por la poesía al corazón, se le hacían visibles. El corazón no era ya para él nada más que una viscera: era un mito, un símbolo. Era el corazón de Alicia que latía al descubierto ante sus ojos... En el corazón encontrábase su existencia íntegra... Una parálisis de aquel corazón y los ojos que lo magnetizaban, la carne que lo embriagaba, los labios que sorbían su vida y los brazos frescos y la garganta con su huequecillo lleno tantas veces de caricias, no serían nada... ¡nada! Tener buen o mal corazón hacía a los seres ángeles o demonios... El corazón era el vaso sagrado donde nacía y se conservaba el amor. ¡Ah, si pudiera él mejorar aquel corazón hasta entonces hermético para las exigencias de su cariño! Y mientras lo miraba latir y restablecía en torno los tejidos, cosiéndolos con mano leve, un hábito místico aceleraba el ritmo de su anhelo y sus

ojos se llenaban de lágrimas y su corazón oculto hablaba al corazón descubierto, diciéndole:

—¡Cuántas veces pensé que no existías!... Y ahora que te he visto y que he sentido el terror de que dejaras de latir entre mis manos, necesito creer que eras torpe, no malo: torpe y que no sabías llevar el compás amoroso que yo te marcaba... Si tú te parases ahora, corazón, toda la vida por mucho que viviese sería ya para mí... No te olvides de este momento en que renaces... Ya no seré sólo tu esposo, sino tu creador... Un instante de cobardía y dejarías de moverte como un pájaro yerto... Y, en pago, sólo te pido cariño... cariño de todas las horas... ¡Bien sé que es mucho! Y, sin embargo, no puedo pedirte nada menos... Yo soy quien te ha dado nueva vida... Por mí no te has paralizado como un pájaro yerto... Correspóndeme de hoy en adelante; ¡prémíame, corazón, sé bueno con mi amor, corazón!...

VI

Las lluvias de Abril arrancaban a la tierra efluvios primaverales, y después de los chubascos, el cielo quedaba límpido y el paisaje nuevo. Al empezar las tardes envolvía la quinta en donde trabajaba, ya apartado de ajeteos utilitaristas, el doctor, y donde convalecía Alicia, una paz perfumada. A lo lejos, la ciudad insinuábase en una especie de erupción del paisaje que al llegar la noche elevaba al cielo claridad de cárdena aurora, y al otro lado, el bosque compacto, ululante, daba al jardín, cuyos frutales intentaban en prueba de domesticidad hasta meter su ramaje por las rejas, un aspecto de fiel de balanza: ni ciudadano apiñamiento ni agreste hosquedad. La casita tenía un aire risueño desde el laboratorio hasta la alcoba nupcial y su olor amarillo, sus mayólicas la hacían parecer asoleadas hasta en los días nublados. Las enredaderas la abrazaban; todo era en ella claro, espacioso; las escaleras acogían los pasos más leves con crujidos familiares; y cuando Elena soltaba su risa, tanto tiempo contenida en el adolorido silencio de la Clínica, parecía a todos oír la verdadera voz de la casa.

Empujado por la popularidad romántica, por las persecuciones de la Prensa y por un pudoroso anhelo de no operar más con aquellas manos que habían arrebatado su amor a la Muerte, Mario Enríquez aceleró su decisión, y en pocos días vendió la Clínica e instalóse en el codiciado retiro de donde no salió en varios meses. Sólo Julián iba periódicamente a la ciudad so pretexto de vigilar el envío de provisiones; pero como el optimismo de la quinta y de la primavera había infiltrado su alma, los estímulos del

alcohol advertíanse menos. En los largos ocios hacía de jardinero o se tumbaba a recibir el sol tamizado por el follaje. Leonor siempre activa por temor a las quietudes llenas de pensamientos, afanábase en hacer resplandecer los dorados, y en conseguir que Elenita pudiera mirarse siempre en ellos sin sonrojo de su suciedad; ayudante en los trabajos del laboratorio, del alba a la noche iba y venía disponiéndolo todo con un tacto jamás en falta. ¿Criada o amiga? Nadie hubiese podido colegirlo. Al principio, Julián le oyó decir que sólo estaría algunas semanas, hasta cuando sus servicios fueran imprescindibles al doctor; mas poco a poco el hechizo de la casa aletargó su voluntad; y como las temidas incompatibilidades no sobrevinieron, el imán del amor triunfó del propósito de huir. "Después, si las cosas cambian, me iré—se dijo—. Ahora aun puedo sérle útil no sólo en sus investigaciones sino en la casa... Su mujer no puede ocuparse en nada... Ha quedado tan débil, que tardará en recobrar aquella majestad de dominio, que antes la hacía insufrible... Mientras sea una enferma para mí, aquí estaré. Y si luego cambia..." Leonor ponía una esperanza de ser enérgica en el instante supremo. Pero la idea de apartarse de él, de dejar de verlo, de no sumarse a sus trabajos, de no oír su voz, le vábanla a pavores exenantes y le dictaban toda suerte de supercherías imaginativas para engañar a sí misma. Alicia le parecía otra... Su manera de mirar no era la misma... Dijérasele ahora menos hembra y más mujer... Ya no le chispeaban sus ojos ni parecía su boca una fresa aplastada por otra boca... "Podía, pues, prolongar hasta donde fuera posible aquella convivencia exenta del dolor de ver junto a él la mujer de antes, no a la que entró exánime, con la cabeza cual flor de tallo roto, caída sobre el pecho, sino a la que paseó por las salas engréida, ondulante dentro de su vestido de seda rosa, que ponía sobre el estuco de las paredes un vago roscicler.

Lánguida, exangüe aún, Alicia vagaba por la casa con aire tímido, y cuando se encontraba con Leonor le sonreía amicalmente. La delgadez había quitado a su figura el incentivo estatuario y frutal; la tez pálida, las pupilas de amortiguado brillo y una lentitud reflexiva de los movimientos sugerían a veces la idea de una trasmutación extraña. Su alma, desde luego, no mostraba el múltiple y movedido interés de antes. Pasaba horas enteras quieta, con el mirar fijo en un libro o entornados los párpados, mas en reposo tan vivo que notábase que no los había cerrado el sueño sino el anhelo de no entorpecer con la visión externa las imágenes interiores. Su sitio preferido para leer era la antesala que comunicaba con el laboratorio de Mario. Muchas veces, al salir, Leonor decíale:

—Estaría usted mejor en la terracita del jardín.

—No, gracias... Aquí da el sol también hasta última hora y los oigo a ustedes rebullir ahí dentro.

Cuando Mario aparecía en la puerta le sonreía con una sonrisa por completo diferente de aquella de antaño: sonrisa pulposa que descubría los dientes y el rojo áspero de la lengua; y Leonor pensaba: "todavía está más cerca de la muerte que de nosotros. La hembra necesita aun sangre nueva y reposo para renacer; pero ya volverá, ya volverá..." Y el lento andar hacia la salud era espiado por ella con angustia. Cada mañana esperaba ver resurgir en el rostro o en el ritmo del cuerpo algún signo de la antigua vampiresa. "Ese resurgimiento marcará la hora de mi marcha—decíase—; y

cuando los días pasaban y persistían en la enemiga la languidez exangüe que la hacía parecer una suave llama, sentíase al mismo tiempo contenta e intranquila. Con terror confesábase a sí misma: "Si yo fuese hombre, me gustaría mucho más ahora, sin el aire provocativo, sin aquella lozanía que sólo encendía un deseo único". Por las noches, durante las sobremesas, bajo la dulce luz que filtraban las sedas y encajes de la pantalla, miraba alternativamente el rostro varonil y el de Alicia, esforzándose en investigar si aquel deseo esclavizador subsistía a pesar de haberse cambiado la pujanza sensual por una gracia quebradiza, espiritual casi, sobre todo en los silencios. En ocasiones las dos miradas cruzábanse con abandono y bajo los ojos, las bocas sonreían con una sonrisa tamizada también cual si el drama hubiese tenido sobre la llama del amor sedas y blondas. ¿Ganaba por ese camino en el alma de Mario lo que en su gusto de varón perdía? La pregunta, sin concretarse, inquietó muchas veces a Leonor. Y como en amor las sospechas y aun las bajezas conviven con las exaltaciones más generosas, Leonor temió que Alicia pudiese prolongar o extremar, con malicias, el nuevo aspecto que la acercaba a una zona del ser de Mario, hasta entonces inaccesible para ella. Y la espío en la soledad, en espera de que un gesto o una expansión frívola delatasen a la mujer de antes. A veces, capciosa, insinuaba:

—¿Por qué no sale al jardín o habla por teléfono con alguna de sus amigas? Mientras nosotros estamos en el laboratorio debe aburrirse.

—No, ¡quíá!... Pienso.

—En cuanto esté un poco más fuerte podrá jugar al *tennis*. Debe de echar de menos sus diversiones de antes.

—No, si viera usted...

Una tarde en que por haber ido Julián a la ciudad, la tarea acabó más temprano, Mario bajó del laboratorio y se sentó a ver morir el día cerca de la puerta de entrada. Nubes tenues desangrándose en el ocaso, y en el cielo el nacer de la luna iba adquiriendo progresivo brillo. Las dos mujeres habíanse sentado también cerca de Mario, y en el silencio, primero grato, empezó de pronto a pesar sobre los tres envolviéndoles en una atmósfera difícil. Por vez primera desde hacía mucho tiempo, Leonor sintió una cólera, sorda, desazonada, vengativa, y se dijo: "El calla porque nadie como él sabe callar, pero ella no habla porque estoy yo aquí. ¡Ah, no me iré! Mas poco a poco su ira se fué disolviendo en aflicción, y cuando ya las hojas de las enredaderas parecían negras al pasar por entre sus vanos la claridad lunar, Leonor alzóse y dijo sin que nadie recogiese sus palabras:

—Voy a ver qué hace Elenita.

Los esposos quedaron solos, y entonces la mirada de Alicia, apartándose del paisaje, posóse con ansia en la figura varonil. Dos o tres veces el busto inclinóse y los labios se entreabrieron para dejar pasar las palabras vivas desde mucho antes en el alma; pero algo las contuvo y el silencio no se turbó. Mario debió sentir o presentir las dudas, porque volviéndose hacia ella le preguntó:

—¿Te sientes mala, nena? Tal vez haga un poco frío para ti.

—No, no... Es que quisiera hablarte.

—¿Hablar-me?

—Sí, pedirte una cosa... Pero no te muevas... Tú mira hacia el jardín como antes y yo te lo diré. Si me miras no tendré valor... Ya me siento

fuerte y quisiera no volver a la vida de antes, Mario... Quiero ser más tuya que antes... y que me utilices en tus trabajos... y que dispongas de mí del todo... del todo... como una cosa tuya... Hasta para probar en mí el suero ese que quieres descubrir... ¡Oh, no vengas... no vengas!...

El se había levantado, y antes de que la última súplica sonase, un beso la había ahogado ya. Las dos caras se mojaron de lágrimas, y la diestra del hombre acarició la frente y el pelo como no lo había acariciado nunca. Contra el pecho robusto la mujer cobijábase con ternura de ser indefenso y las palabras brotaban balbucientes, férvidas, saturadas de alma y entremezcladas con sollozos:

—¡Me da vergüenza ser como he sido, Mario!... Tú no podías quererme y yo tampoco sabía quererte... Ahora sí me siento tuya... ¡Sin ti no existiría: soy tu criatura, tu obra... y estoy segura de que con la nueva vida me diste otra alma... ¡Si vieras de cuán distinta manera veo hoy el mundo!... ¿Tú sabes cuándo comprendí que había cambiado? La noche que me dijiste cómo habías tenido entre tus manos mi corazón... Dime otra vez lo que sentiste: tu emoción, tu miedo al comprender que mi vida dependía de un desfallecimiento tuyo: tu ansia de infundir en aquel corazón tan frívolo y estúpido el amor a lo grande, a lo serio... ¡el amor a ti!... Yo no te conocía antes, Mario... ¡Perdóname!

El pareció despertar de un sueño remoto, y su voz profunda arrancó lentamente del alma las palabras. Para mejor oírle, Alicia cerró los ojos y puso bajo sus labios las dos manos milagrosas por donde la nueva alma había penetrado hasta sus entrañas. El jardín estaba ya amarillo de luna y los jardines embalsamaban la quietud con su esencia, a la vez voluptuosa y espiritual. El anhelo ponía hasta en las palabras menos significativas una turbación apasionada; y de vez en cuando, en los trances de insuficiencia, un beso decía lo que ellas no lograban decir.

—¡Nunca he rezado como aquel día, Alicia! Todo en mi alma se hizo plegaria para implorar tu vida... Tu corazón me pareció mi propio corazón... Y supersticiosamente, religiosamente, pensé que si me sobreponía al terror y tenía fe, tu amor completo sería la recompensa. Tu corazón se revolvía como tantas veces debió revolverse antes al querer yo que sólo latiese para mí, y era preciso vigilar sus movimientos, seguir con la aguja su vaivén... No te veía la cara; bajo mis manos la herida era como tantas heridas, y sin embargo, ni un instante me abandonó la conciencia de que eras tú, tu cuerpo adorado y tu alma inquieta lo que Dios me entregaba para salvarlo o para perderlo.

—¡Cuánto sufrirías, Mario!

—Al acabar tuvieron que sostenerme... Cuando te vi abrir los ojos, recé a Dios con palabras que no pronunciaba desde niño... Y entre los padrenuestros y las salves, el alma pedía: "Dios, ya hice yo todo cuanto de mí pediste... Lo demás es tuyo: cambia su carácter, recoge su espíritu disperso... Haz que mire el fondo de mí ser igual que yo vi el suyo... No me condenes a haberla dado otra vida si no ha de dedicármela!..." Y ahora que ya lo eres, ¿verdad?, quisiera ponerme de rodillas para darle gracias por la dicha que nos espera... ¡Yo no sabía que se pudiera ser tan feliz!

—Tuya en alma y cuerpo para siempre... Y pago los celos que te he



dato, teniéndolos ahora yo de cuanto te rodea... del trabajo, de los que te ven trabajar... De todo, Mario... ¡Sufro como tú antes sufriste!

—Alicia, hasta las cosas más nimias me robaban algo de ti... ¡Cómo voy a resarcirme ahora!...

—Si vieras las horas que he esperado en la puerta del laboratorio a que salieses... El mundo estaba vacío sin ti, y todo me faltaba cuando otros

hacían a tu lado el trabajo que yo podía hacer... ¿Verdad que me enseñarás, que podré ayudarte?

Para sentirse mejor el uno contra el otro, habíanse puesto de pie, y atraídos por el hechizo de la noche, avanzaron por el sendero enarenado, hacia la fuente llena de rumorosa plata. Iban a pasos lentos, tan lentos, que a veces creyéranse inmóviles. Sólo las cabezas proyectábanse separadas en la sombra. Con ser tan pequeñas las dos figuras en la anchurosidad del jardín, el paisaje entero parecía nacer de ellas. Las estrellas centelleaban en el azul, y algunas chispas de arena centelleaban también como un eco... Y el grupo avanzaba, avanzaba... Y ya no necesitaban hablar para transfundirse su amor.

Una de las puertas de la habitación que Alicia y Mario acababan de abandonar, abrióse suavemente, y una sombra avanzó con sigilo. Con los ojos estáticos, el pecho anheloso, las manos yertas y crispadas sobre el respaldo del sillón, tibio aún de haberlos cobijado, la pobre sombra pudo medir desde la sombra todo el dolor que cabe en un minuto al ver alejarse a los dos amantes rodeados de silencio y de luna... Y al cabo, cual si el resorte de las disimulaciones fallase de pronto, encorvóse y se dejó caer sollozando. Su congoja era tal que ni siquiera sintió acercársele otra sombra menuda, infantil, que le cogió la cabeza, le miró los ojos, anegados, con el estupor de quien ve trastornar por el terremoto las leyes fundamentales del mundo y le dijo:

—¡Mamaíta, mamaíta Leonor!... ¿tú también lloras?

Dolor de cabeza,

neuralgias y jaquecas desaparecen en cinco minutos con la **HEMICRANINA** del **Dr. Caldeiro**. 3 PESETAS. Pídense en farmacias.

Evita el dolor de muelas

Alcoholato

ELIXIR DENTIFRICO
Perfuma el aliento

Alcoholera. -- Carmen, 10

Importante. La calvicie es una enfermedad del cabello que se evita usando el agua **La Flor de Oro** por sus propiedades tónicas. Con su uso desaparece la caspa y se estimula poderosamente el crecimiento del cabello con su primitivo color.—Se vende en las perfumerías y droguerías.

La novela TEATRAL

publicará el juguete cómico en dos actos

LARREA Y LAMATA

original de **Enrique García Alvarez.**

LARREA Y LAMATA

es uno de los éxitos más grandes de nuestro teatro.

LARREA Y LAMATA

SE PUBLICARA MAÑANA DOMINGO.

50 cts.

LA NOVELA TEATRAL

Sumario de obras publicadas en La novela TEATRAL

GALDOS.—49. Electra.-53.-Doña Perfecta.-68. La loca de la casa.-82. Realidad.-82. La de San Quintín.** Sor Simona.

BENAVENTE.—9. Todos somos unos. 102. La copa encantada.-107. El marido de su vida.-229. Más fuerte que el amor.-239. La princesa Bebé.-233. El dragon de fuego.-259. La ciudad alegre y confiada.-261. La gata de Angora.-263. La losa de los sueños.

QUINTERO.—68. Doña Clarines.-71. El patio.-75. La escondida senda.-88. El niño prodigio.** Pepita Reyes.-256. El centenario.-267. La zagala.-284. El género infimo.

QUIMERA.—113. María Rosa.-114 Tierra baja.-186. Agua que corre.

LINARES RIVAS. 16. El Cardenal.-99. La Cizaña.-101. Bodas de plata.-241. Cristobalón.-246. Toninadas.-250. Flor de los Pazos.-287. Sangre roja.-292. La razón de la sinrazón...-296. Añoranzas.

MARTINEZ SIERRA.—9. Primavera en Otoño.** El ama de la casa.

TAMAYO Y BAUS.—136. Un drama nuevo.-209. La bola de nieve.-188. Lancees de honor.-169. La locura de amor.-177. Lo positivo.-174. Virginia.

DIOENTA.—6. El Lobo.-14. Sobrevivirse

44. El señor Feudal.-30. El crimen de ayer.-69. Dapiel.-69. Amor de Artistas.-77. Aurora.-82. Luciano.** Juan José.

ZORILLA.—188. El Alcalde Ronquillo.-180. El Zapatero y el Rey.-131. Sancho García.-48. El puñal del Godo.-171. La mejor iraña espada.-234. El Zapatero y el Rey (1.ª parte.)

VILLASECA.—10. El Rey Galaor. 11. Aben-Humeya.-37. Doña María de Padilla.-65. La leona de Castilla.-217. El Halconero.** El Alcazar de las perlas.-28. La Gleconda.-98. Judith.

MARQUINA.—154. En Flandes se ha puesto el sol.-182. Doña María la Brava.-201. El retablo de Agrellano.-222. Las hijas del Cid.-195. El Rey Trovador.

RAMOS CARRION.—84. El noveno mandamiento.-86. La Tempestad.-95. La Balsa.-155. La muela del juicio.-104. El bigote rubio.-106. Los sobrinos del Capitán Grant.-126. Mi cara mitad.-123. Los señoritos.-213. La pintura.-90. La Marsellesa.-271. Agua, azucarillos y aguardiente.

VITAL AZA.—32. Frankfurt.-33. La Rebolea.-36. Ciencias exactas.-39. La Pravia.-45. Parada y fonda.-50. Tiquis tiquis.-63. La sala de armas.-157. Las colorines.-137. B)

sueño dorado.-125. El matrimonio interino.-225. Llovido del cielo.-197. El señor cura.-158. El sombrero de copa.-219. Con la música a otra parte.-181. El afinador.-200. Perecico.

BAMOS GARRION-VITAL AEA-147. El señor Gobernador.-119. Zaragüeta.-183. Robo en desdoblado.-151. El padrón municipal 119 El oso muerto.-132. La ocasión la pintas calva.-118. El rey que rabó.

BOHIGARAY (Miguel).-44. La viejecita.-59. Gigantes y cabezudos.-76. El día de la Africana.-91. La Rabalera.-115. Los demonios en el cuerpo.-178. La Credencial.-163. Los Hugonotes.-120. Entre parientes.-111. El octavo, no mentir.-303. Juegos malabares.-305. Meterse o redentor.-307. La monja descalza.

ARNIOESS.-La sobrina del cura.-11. La casa de Quirós.-19. Las estrellas.-20. Doloretas.-21. La señorita de Trevezel.-41. La gentuza.-67. La noche de Reyes.-282. La chiea del gato.-283. La heroica Villa.-285. Es mi hombre.-286. La pobre niña.-289. Los caciques.-298. La hora mala.-302. ¡Que viene mi marido.

ARNIOESS-GARCIA ALVAREZ.-15. Alma de Dios.-17. El pobre Valbuena. 79. El terrible Pérez.-78. El fresco de Goya.-83. El método Górritz.-87. El cuarteto Poas.-97. Mi papá.-124. El pollo Tejada.-128. El perro chico. 105. Gente menuda.-122. El Príncipe Tasto.

GARCIA ALVAREZ-MUNOZ SECA-4. El verdugo de Sevilla.-12. Fugar XMI. 14. La frescura de Lefuente.-51. El último Bravo.-56. Los cuatro Robinsones.-84. Pastor y Borrego.

MUNOZ SECA.-270. La plancha de la Marquesa.-273. La verdad de la mentira.-275. Los pergaminos.-276. La razón de la locura.-278. La cartera del muerto.-280. El condado de Mairena.-141. La barba de Carrillo.-193. Faustina.-288. Los misterios de Laguardia.-291. El último pecado.

MUNOZ SECA-PEREZ FERNANDEZ 267. Pepe Conde o El mentir de las estrellas.-268. La fórmula 3 K3.-73. Trampa y cartón.-47. López de Coria.-187. Los amigos del alma.-224. Un drama de Calderón.-260. Martingalas.-262. Trianeria. 255. El parque de Sevilla.

PABO-ABATL-13. El río de oro.-48. El gran tacaño.-116. La Divina Providencia.-206. Los Perros de presa.

PEREY-PALACIOS.-74. La Coste de Faraón.-80. La manta zamorana.-81. Pedro Giménez.-89. La Generala.-93. Pepe Galar do.-109. El Húsar de la Guardia.-142. Cuchilloza libre.-218. Carta meñ Nacional.-194. Quedros disolventes.-156. La Tierra del Sol.-283. Las mujeres de Dos Juan.-146. El País de las Hadas.-249. Cinematógrafo nacional.

COMEDIAS

1. Fruta de Blancas.-3. El místico.-4. Los semidiosos.-5. Las cacahutas.-18. El hombre que usó 190. 25. La eterna víctima.-26. Jimmy Samson.-31. El misterio del cuarto amarillo.-35. Primeros.-38. Raffles.-41. Mirandolina.-42. Genio y figura.-47. Petit-Café.-48. Los Nove eros.-54. La Zozoma.-55. Mágico y su mamá.-57. Los gemelos.-93. La cena de las burlas.-100. Franz Hellens.-103. La Tescra.-108. La tia de Carlos.-112. Fedora.-117. El oscuro dominio.-171. Los ganfos del Capitán.-129. El director general.-133. ¡Tocino del cielo!.-134. Militares y pañuelos.-135. Mafre te y varas.-139. Jarabe de pisco.-140. Papá Lebonnard.-143. El Revisor.-144. Biasco Jimeno.-148. El crimen de la calle de Leganitos.-148. Lo que ha de ser.-152. Don Francisco de Quevedo.-153. La Señorita.-159. El amor vela.-180. La señorita del almacén.-184. El Ladrón.-186. La pesa del millón.-187. El señor Duque.-189. El Gobernador de Urbequieta.-173. Jettatore.-159. Situaciones cómicas en el teatro español.-181. El Tenor.-185. El primerorro.-189. La casa de los milagros.-190. El duelo.-192. Los amantes de Teruel.-198. La Canastilla.-199. Marceles, o ¡A cuál de los tres?.-203. La historia del Don Juan Tenorio.-207. Un negocio de oro.-203. También la corregidora es guapa.-210. Mister Beverley.-212. La Dama de las Camelias.-215. Hamlet.-216. La caracterización y las morillas.-220. Los piropos.-221. El Gavilán.-224. Esclavitud.-228. Las vírgenes locas.-227. El soldado de San Marcial.-230. El pelo de la dehesa.-231. El Corral de la Pacheca.-232. Envejecer.-233. El puesto de santiquites de Baldomero Pagés.-238. Don Gil de las Calzas verdes.-240. El arte de declamar.-242. Zazá.-243. La casa de la Troya.-244. Juventud de príncipe.-245. El mayor monarca, los celos.-247. Magda.-248. La moza de cántaro.-251. A secreto agravio, secreta venganza.-264. Mi salvador.-269. La Tierra.-272. La república de la broma.-279. Gerimelido.-293. Los pollos bien.-299. La clave de sol.-300. Frutería de Frutos.-304. ¡Que no lo sepa Feraanda!.-305. Alfonso XII, 13.-308. Santa Isabel de Ceres.-309. La luna de la Sierra.-310. ¡Si fué don Juan andaluz!.-311. Margarita la Tanagra.-313. Constantino Pla.-315. Mi marido se aburre.

Número atrasado: 10 céntimos sobre el precio que marca el ejemplar.

(**) Las obras señaladas con dos asteriscos han sido publicadas en LA NOVELA CORTA

LINEARES RIVAS

También hemos puesto a la venta las célebres obras

LA GARRA.-LA FUERZA DEL MAL.-FANTASMAS.-LA RAZA.-COMO BUITRES.-I A ES PUMA DEL CHAMPAGNE.-AIRE DE FUERA.-EL ABOLENGO.-NIDO DE AGULAS.-LA ESTIRPE DE JUPITER.-MARIA VICTORIA.-EN CUARTO CRECIENTE.-COMO HORMIGAS

PRECIO DE CADA TOMO: 3 PESETAS

Pídnse a librerías, a nuestros corresponsales y a esta Administración, Madrid, Calvo Asensio, 3